

las cuestiones y hacerlas inteligibles. ¿Qué poco pensaron los grandes artistas del siglo XVI en establecer esta necia subdivisión! No hablo entonces, por cierto, ni clásicos ni románticos, sino grandes ingenios que imitaron la naturaleza como ellos la veían, no como la habían visto dos mil años antes otros hombres enteramente distintos de nosotros, por sus costumbres, y sobre todo, por sus creencias. Enhorabuena, suponga un poeta pagano que ve á Nereo levantarse en medio de las aguas para anunciar al robador de Elena los infortunios que acarreará á Troya su funesta pasión; pero no venga el católico Boileau á decirnos en el siglo XVII, que en el paso del Rhin por las tropas francesas, huían tímidas las náyades delante de Luis XIV, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra.

¿Hoy no se ha definido con claridad lo que quieren decir los nombres clásico y romántico, porque no se ha querido disipar esa especie de horror misterioso en que van envueltos para los que no los entienden; porque se ha querido sustituir las pasiones á la razón. Pero es evidente que si por clásico se entiende "digno de ser estudiado" clásicas son las obras de todos los grandes ingenios habidos y por haber: que si por romántico se entiende malo y monstruoso, románticos son aun los autores más clásicos ó mejores en todas las ocasiones en que no anduvieron muy acertados, como les sucedió con harta frecuencia á Corneille y Voltaire en sus tragedias y á todos los autores del mundo, por aquello que dijo el profano de que

"Aliquando bonus dormitat Homerus."

Ahora bien, siendo clásico sinónimo de bueno, ¿no es una petulancia ridícula llamarse uno asimismo clásico? O por mejor decir, ¿no es una grosera superchería escudarse bajo este nombre respetable para insultar á los que no llevan la arrogancia hasta el punto de creerse iguales á los autores que la sancion de los siglos ha colocado en el rango de clásicos. Empecemos, pues, por fijar el sentido de las palabras, y entendámonos: dése el nombre de clásicos á los autores antiguos que lo merecen, y no sea ningún moderno asaz vano para apropiárselo por su autoridad privada. Crea cada cual allá entre sí que es un grande hombre; pero no esija que lo crean los demás, y mucho menos que se lo llamen. Por esta razón, nunca llamaremos clásicos á los que componen el partido literario que se dá asimismo esta denominación; y como esto no obstante, tenemos que llamarles de algun modo, puesto que existen, y habian y escriben, como las personas, tendremos, con hurto-dolor de nuestro corazón, que llamarlos *clásiquistas*. Y si esto nombre no les place, por ser ridículo é inarmónico, inventen otro mejor, que pueda aplicárseles sin detrimento de la verdad. No se queje de nosotros el sudichó partido, si con solo perder su nombre usurpado ha perdido todo su prestigio, y se avergüenza de verse en un estado tan lastimoso; nosotros no hemos hecho mas que quitar al graco las plumas de pavo real con que se engalanaba. Llamatémosles, pues, *clásiquistas*; pero para evitarles en lo posible el disgusto de escuchar este nombre fatal, alternaremos con otros dos que les son igualmente aplicables en rigurosa justicia. Así que, ya les diremos *preceptistas*, ya *rutineros*. Dicen, pues, estos señores, que ellos tienen por divisa respetar las reglas del buen gusto y que es romántico el que las traspassa ó desprecia; pero esto equivale á decir que ellos son los buenos y los románticos los malos (en sentido literario), pues claro está que no puede ser buen autor el que no se sujeta á las reglas del buen gusto.

¿Pero quién determina cuáles son las reglas del buen gusto? ¿Quién es el divino legislador enviado por la Providencia para fijar los límites de la inteligencia humana, y decirle al genio, como Dios al mar: *de aquí no pasarás*? Esta es la dificultad: aquí estriba á nues-

tro parecer, todo el basillo de la cuestión, pues no hay mas diferencia entre las opiniones de uno y otro partido, sino la de que los clásiquistas creen que están ya fijadas y esquivas para *in eternum* las reglas del buen gusto, cuyos apóstoles son Aristóteles, Horacio, Boileau, Mepes y Adomino, al paso que los románticos se imaginan que no solo no están fijadas y previstos todos los casos, sino que es imposible hacerlo de un modo satisfactorio para nuestra época y para las que la sucedan por siempre jamás amen.

En todos tiempos las bellas artes han llevado el sello del siglo en que florecieron; así las vemos brillantes y magnificas en la antigua Grecia, terribles y grandiosas en los tiempos medios, aseaditas, perfiladas y palaciegas en el siglo de Luis XIV *é sempre bene* porque siempre son la expresión de su época.

En la pulida corte de Luis XIV, llamaba un duque á su hijo, *señor marques*, y por Racine hace que Pilades hablando con su amigo Orestes, lo llamo siempre *señor*; (*) Calderon y Lope de Vega en sus comedias de capa y espada, retrataron en sus galanes á los caballeros españoles de entonces, idólatras del honor y la hermosura, capaces de arrostrar mil muertes por su rey y por su dama: la Biblia y los poemas de Homero son una verdadera historia de las costumbres y pasiones de los hombres en aquellos antiquísimos tiempos. ¿En qué se fundan, pues, los clásiquistas para exigir de nuestros pintores modernos que cubran sus lienzos con griegos y romanos; de nuestros poetas, que no presenten en la escena trágica mas que togas viriles y coturnos? Tanto valdria obligarlos á escribir en griego, porque en esta lengua escribieron Sófoeles y Eurípides.

Pero nosotros no exigimos nada de eso, responderán acaso algunos preceptistas; lo que queremos es que se imiten los *inimitables* modelos que han dejado aquellos hombres privilegiados. Y ¿para qué los hemos de imitar si son miserables? ¿Nos comentaremos con repetir en nuestro idioma lo que ellos dijeron en el suyo? ¿Se ha dicho ya todo lo que hay que decir en este mundo? ¿Se ha acabado ya la raza de los ingenios creadores?

Dígase lo que se quiera acerca de los tan decantados preceptos de Aristóteles; para los hombres que, como antes dijimos, juzgan las bellas artes por sus propias sensaciones sin recurrir á los códigos para ver si fían de elogiar ó no, serán siempre un manantial de delicias las obras de Calderon y Shakespeare, á pesar de que todas sus comedias y tragedias duran mas de las veinte y cuatro misteriosas horas, que como los antiguos signos cabalísticos tienen la virtud de hacer buena una comedia, que ¿ó poder de la magia blanca! sería detestable si durara veinte y cuatro horas y tres minutos.

Tambien mudaron estos autores en sus dramas el sitio de la escena, bajo pretexto de que así lo esigia la naturaleza del asunto y la ilusión teatral; y con estos y otros crímenes tuvieron la desgracia de incurrir en la alta malevolencia de los rutineros.

Pero considerando la cuestión relativamente

[*] Y no una vez sola, sino todas las que le habla.

Pil... En fin, vous ne m' en parlez plus, Vous me trompiez, seigneur....

y luego:

Je vous abuserois si j' osais vous prometre Que entre vos mains, seigneur, il voulat remettre.

y mas adelante:

Hermione, seigneur, au moins du apparence...

y en fin;

...Achevez, seigneur, votre ambassade.

(Andromaca, acto 1º, escena 1a.)

Es lo más extraño que siendo Pilades tan atento y respetuoso, lleve Orestes la mala crianza hasta el punto de tutear á quien siempre le llama de *vd.* y le dice *señor arriba y señor abajo*. Si la dignidad clásica esigia el *vd.* y el *señor* que emplea Pilades, no debió tolerar en boca de Orestes el romántico y pedestre tú.

te al arte en general, examinemos si es preferible para nuestra época la literatura de los antiguos á la de nuestros autores del siglo XVI; si debemos tomar por modelo á Pindaro ó á Virgilio, á Aristoteles ó á Calderon.

El cristianismo ha acabado con la poesía de los sentidos introduciendo la poesía del corazón: ha elevado al hombre á una dignidad que ni aun tenían idea los antiguos, porque ha hecho de él una imagen del Supremo Hacedor de todas las cosas. En los tiempos antiguos la religion fué hija de los poetas, los poetas modernos son hijos de la religion; aquella era una obra meramente humana, el cristianismo es esencialmente divino, y es en efecto tan superior al paganismo, como las obras de Dios á las de los hombres. A las almas cristianas no pueden ya bastarles los cantos de las lirras del Pindo; necesitan los himnos de las arpas de Sion; desprecian la poesía de los sentidos, porque son capaces de comprender la poesía del alma, porque Venus con sus fáciles amores les causa desprecio y hastío á los que adoran á Maria, sublime realización del amor cristiano, hijo todo del alma ó independiente de los sentidos.

He aquí porque no basta en el día la tan decantada literatura del siglo de Luis XIV, porque como fundada en el paganismo, era hija del entendimiento, no del corazón; porque era mas bien la expresión de una sociedad idólatra y democrática, que no de una sociedad monárquica y cristiana; en una palabra, porque estaba fundada en el error. Por eso los filósofos en menos de un siglo lograron desterrar de la Francia una religion que no existia en los corazones sino en las cabezas... ¡Oh! si la causa de Dios hubiera sido defendida no solo por la virtud, sino tambien por el genio, la filosofía de Voltaire y Diderot hubiera hallado un obstáculo invencible en las santas creencias del pueblo... Pero los poetas paganos del siglo de Luis XIV prepararon la disolución de la sociedad.

El cristianismo, sin embargo, vivirá en el mundo mientras viva la verdadera poesía, porque ella y él son inseparables como la azucena y su perfume, como el infortunio y el hombre, porque el cristianismo es una necesidad del corazón, y porque toda sociedad que no esté fundada sobre él, tiene que ser esencialmente esclava, como lo eran las antiguas repúblicas de la Grecia.

Oigamos lo que sobre esta materia dice el poeta Nodier en su prólogo á las meditaciones de La-Martine.

«Véase sin embargo, de qué modo tan admirable se van cumpliendo los destinos anunciados al cristianismo! Proscrito unas veces, otras abandonado por el poder, ya combatido con las armas de la dialéctica, ya entregado á los sarcasmos de desprecio con que intentaban destruirle los llamados filósofos en el siglo XVIII, parece que de mucho tiempo á esta parte solo existe á favor de la tolerancia que se le dispensa y de su indispensable necesidad. Pareceria tal vez que iba á sucumbir bajo los epigramas de los incrédulos y las argucias de los sofistas, cuando repentinamente se eleva una escuela inspirada de las mas sublimes ideas, y favorecida con los dones mas preciosos del genio; una escuela que expresa los mas elevados pensamientos, que representa la mas cumplida perfección de la sociedad, en una época en que se ha recorrido ya el círculo entero de la civilización; y esta escuela es cristiana, y no podía menos de serlo.

„Porque en efecto ¿qué impresión podría producir en las almas desencantadas de los pueblos, el fastidioso coro de aquellas divindades paganas sobre quienes la naturaleza física tiene, por decirlo así, la ventaja de la novedad? El cielo, desierto y vacío como lo han imaginado los ateos, habla mas al alma que Júpiter y Saturno; y no hay una ola que al romperse en la playa no dé mas inspiraciones poéticas que la decrepita fábula de Neptuno y de su eterno acompañamiento.

Las musas del Parnaso clásico, frías imágenes de algunas subdivisiones de las artes, de las ciencias y de la poesía, han perdido todos sus atractivos aun para los estudiantes de la gramática y retórica, porque se les presentaba el cristianismo acompañado de tres musas inmortales que reinarán sobre todas las generaciones poéticas del porvenir, la religion, el amor y la libertad. Estas son las verdaderas conquistas de una sociedad que ha llegado al mas alto grado de su perfección, y que no tiene ya nada que ganar en mejoras políticas y literarias; porque no hay nada en el mundo superior á Dios, á la libertad y al amor. Si algunos poetas han resucitado la gloria de las musas mitológicas ácia el fin de las edades clásicas de la antigüedad, es porque habían adivinado estas musas nuevas y les concedían instintivamente un imperio involuntario sobre sus composiciones. El Polion de Virgilio era digno tal vez de dar por su parte alguna autoridad á las profecías; y el poeta que inventaba en el admirable episodio de Dido toda la melancolía de los amores cristianos, no estaba muy lejos de elevarse como Sócrates, á los mas sublimes secretos de la revelación.

En el sentido en que se toman en el día los nombres de romántico y clásiquista, el primero quiere decir *inventor*, el segundo, *imitador*. Pongamos un ejemplo. Los arquitectos romanos que construyeron aquellos monumentos, que aun despues de tantos siglos son la admiración del mundo (los arcos triunfales de Septimio-Severo, de Constantino y de Tito) representaron en las portadas de aquellos célebres monumentos, soldados armados de cascos, escudos, astas y espadas, porque estas eran las armas con que los hijos de Rómulo acababan de vencer á los germanos, los partos y los judíos.

Cuando Luis XIV hizo construir el arco triunfal conocido bajo el nombre de Puerta de San Dionisio, colocaron los arquitectos en un bajo relieve que está en la fachada que mira al Norte, una multitud de soldados franceses atacando los muros de una ciudad, y todos ellos están armados de cascos y de escudos, y cubiertos con sendas cotas de maza como los soldados romanos.

Pues bien, en este caso, los artistas romanos fueron románticos, porque no imitaron á nadie mas que á la naturaleza, madre de toda inspiración; y los escultores franceses de Luis XIV fueron clásiquistas, porque imitaron á los artistas romanos, no á la naturaleza que tenían delante de los ojos; los primeros representaron la verdad, los segundos representaron la mentira.

Pero lo mas singular del caso es la ridícula pretension de los que actualmente se dan á sí mismos el nombre de clásicos, de instituirse, nadie sabe por qué, ni como, ni bajo qué título, partícipes y herederos natos, directos, universales de la gloria de los antiguos escritores. ¿Qué tienen que ver las tragedias de Sófoeles y Eurípides, con las narcóticas tragedias del moderno classicismo? ¿En qué se parecen las obras de Racine á las de Chapelain? ¿En qué se parece la Eneida á la Henriada? En lo que se parece el hombre al mono. Porque es monstruo que no nos alucinemos; no basta respetar las reglas como las respetaba Racine, para hacer tragedias como la Atalia; no basta ser ciego como Homero, para hacer poemas como la Iliada. Hay hombres que bajo pretexto de que nunca nombran á Aristóteles sin quitarse el sombrero, se creen con derecho á pasar por literatos; y lo mas extraño es, que en efecto pasan por tales, gracias á la mucha gravedad de sus individuos y al tono greco-dogmático con que repiten sus eternas vulgaridades; porque ¿quién se ha de imaginar que debajo de tanta gravedad vaye á albergarse la estupidez?

No necesitan los románticos que nadie venga á decirles que en toda clase de composiciones deben observarse, no los caprichos de la moda, sino las reglas del buen gusto; sabrán muy bien que todo escritor debe estudiar las